

Cirugía y Cirujanos

Volumen **73**
Volume

Número **3**
Number

Mayo-Junio **2005**
May-June

Artículo:

La discusión acerca de la vacuna de origen animal en la Academia Nacional de Medicina de México en el siglo XIX

Derechos reservados, Copyright © 2005:
Academia Mexicana de Cirugía

**Otras secciones de
este sitio:**

-  **Índice de este número**
-  **Más revistas**
-  **Búsqueda**

***Others sections in
this web site:***

-  ***Contents of this number***
-  ***More journals***
-  ***Search***

La discusión acerca de la vacuna de origen animal en la Academia Nacional de Medicina de México en el siglo XIX

Acad. Dr. Rolando Neri-Vela*

Resumen

Se hace un recuento acerca de las ideas imperantes en México durante la segunda mitad del siglo XIX, para la introducción y el uso de la vacuna de origen animal; así como del pensamiento de médicos como Agustín Andrade, Ángel Iglesias y Domínguez, Lino Ramírez, Fernando Malanco y Luis E. Ruiz, haciendo énfasis en la obra de este último.

Palabras clave: viruela, vacuna, historia de la medicina, siglo XIX, Academia Nacional de Medicina

Summary

This is a recount about the prevailing ideas in Mexico during the second half of the XIX century for introducing the use of vaccines of animal origin; thus, the thoughts of men like Agustín Andrade, Angel Iglesias y Domínguez, Lino Ramírez, Fernando Malanco and Luis E. Ruiz, who emphasized this work.

Key words: smallpox, vaccines history of medicine, XIX Century, National Academy of Medicine.

Introducción

Durante la segunda mitad del siglo XIX se desencadenó una serie de discusiones en la Academia Nacional de Medicina acerca del uso de la vacuna de origen animal para preservar de la viruela a la raza humana.

Para el 8 de julio de 1868, en que Agustín Andrade presentaba en el seno de la Sociedad Médica su trabajo acerca de la regeneración de la vacuna, se mencionaban cuatro vías para llegar a tal fin.

Una de ellas era buscar la pústula primitiva y espontánea en la vaca, vía que había quedado casi exclusivamente abandonada a la casualidad.

Andrade escribió que animados los investigadores probablemente por el espíritu de Hannemann, siguiendo el principio *similia similibus*, pensaron que si el *cow pox* (enfermedad de la vaca) preserva de la viruela (enfermedad del hombre), es

porque da la viruela; luego la viruela inoculada a la vaca debe dar a ésta el *cow pox*. Sentado el principio, la aplicación era muy sencilla. Se inoculó repetidas veces el pus de la viruela a la vaca, con lanceta, por medio de escarificaciones, inyectando el pus en las venas y en los capilares, procurando el contagio mediato. Esta vía fue abandonada.

Se decía que los caballos solían preservar en las patas una erupción eccematosa, que los franceses conocían como “agua en las piernas”. La interpretación de un hecho de contagio en el hombre dio la idea de inocular el *horse pox* en lugar del *cow pox*, esperando que lo que tan difícilmente se había encontrado en la vaca, quedaría reemplazado con lo que tan fácilmente se encontraba en el caballo. Se principió por inocular a la vaca la linfa que escurría de las patas del caballo, lográndose obtener de este modo en las vacas una erupción igual al *cow pox*. Se hicieron luego inoculaciones favorables en el hombre, dándose el grito de triunfo, pues el pus vacuno se obtenía casi a voluntad y la degeneración de la vacuna por la inoculación de brazo a brazo no era ya de temerse, pues con sólo querer se podía renovar a cada paso. La prensa y la tribuna no bastaban para ensalzar la victoria, no faltaba más que probar la virtud profiláctica del nuevo pus, cuando repentinamente esta vía de regeneración de la vacuna quedó también abandonada.

Un descubrimiento más sencillo, que también se llamó “vacuna animal”, salió a la luz. Ahora ya no se necesitaban las pústulas del *horse pox*. En 1866, Lino Ramírez había regresado de Francia y había presentado en la Academia Nacional de

* Departamento de Historia y Filosofía de la Medicina, Facultad de Medicina, Universidad Nacional Autónoma de México.

Solicitud de sobretiros:

Acad. Dr. Rolando Neri-Vela, Departamento de Historia y Filosofía de la Medicina. Brasil 33, Centro Histórico. 06020 México, D. F. Tel.: 5623 3338. Fax: 5526 3853. E-mail: drnerivela@hotmail.com

Recibido para publicación: 17-08-2004

Aceptado para publicación: 02-09-2004

Medicina sus estudios acerca de la vacuna, pero se topó con serias dificultades, pues la discusión se centró principalmente en la transmisión de la sífilis por la vacuna y en la utilidad de las revacunaciones. Entonces se le hacían a la vacuna del caballo, las mismas acusaciones que contra la vacuna de brazo a brazo: degenerada y vehículo de transmisión de la sífilis.¹

Ángel Iglesias había demostrado ya que el pus vacuno transportado del hombre a la vaca producía en ésta una pústula característica, que a su vez el pus de esta pústula inoculado al hombre daba un grano que, al menos en apariencia, presentaba mejores caracteres de fuerza y vigor que el que primitivamente había servido para inocular al animal.

Ya en enero del mismo 1868 se había introducido este método en La Habana, llevando una ternera inoculada, y al pasar Iglesias por ese puerto supo que la vacuna seguía funcionando con buenos resultados.

Iglesias escribió que en 1863 la degeneración de la vacuna en la ciudad de México se iba marcando cada día más, hasta que se obtuvo una falsa vacuna por un espacio de quince días. En ese entonces Luis Muñoz era el director de la Junta de Vacunación y había dado parte de este contratiempo con oportunidad, primero al Ayuntamiento y luego al gobernador del distrito y aun al gobierno federal, manifestando la gravedad de la situación e indicando y pidiendo remedio. Sin esperar la determinación de las autoridades, Muñoz encargó fluido vacuno a Europa, pero éste demandaba tiempo y el peligro era inmediato. Una feliz casualidad hizo que una familia inglesa facilitara el fluido que acababa de recibir de su país, salvando esto a la vacuna.

Iglesias decidió traer este método a México, siendo su primera idea, como medio más seguro, importarla en las terneras mismas que se inocularían sucesivamente durante la navegación, dando algunos pasos en este sentido y contando con la ayuda de los señores Lanoix y Chanbón, pero tropezó con obstáculos que no pudo vencer, determinando entonces traer el *cow pox* en tubos y placas, tomando todas las precauciones para que se produjera el resultado esperado. Se tomó el fluido de granos en el quinto y sexto días de su desarrollo, que era cuando se conservaba mejor la máxima actividad. Para tal objeto, Lanoix escogió las mejores pústulas, calculando que esto se hiciera la víspera y antevíspera de su partida para traerlo lo más reciente posible; temiendo que durante la navegación el gran calor del trópico alterase el fluido, conservó en agua fresca los tubos todo el tiempo del calor.

Ese *cow pox* le sirvió para inocular el 15 de junio de ese año, al mes justo de su salida de París, una ternera de cinco meses en las mejores condiciones de salud.

Iglesias escribió:²

El resultado ha sido obtener una muy bella erupción de pústulas vacunales que inoculadas a una segunda ternera, han reproducido los granos que presentan hoy todos sus caracteres. Invito a los señores miembros de esta Sociedad en lo particular para que vayan a verlos,

y suplico además a la Sociedad, se sirva nombrar una comisión para que reconozca dicha erupción.

Así, Ángel Iglesias y Domínguez decía haber logrado el objeto de introducir en su país la vacuna animal.

Entre Ángel Iglesias y Agustín Andrade se desata una discusión acerca de si la vacuna animal transmite o no la sífilis.³

Un gran higienista mexicano, Luis E. Ruiz, escribía en 1894:

«En dicho país (Francia), como en Alemania, Suiza e Italia, se emplea únicamente la vacuna animal. En París, Mr. Chanbón es el encargado de conservar la vacuna en becerros y terneras *ad hoc*, y la Academia de Medicina es la que vacuna, conserva la linfa y procura su extensión.

»Como lo que yo vi ejecutar una vez es lo que practican diariamente, bastará hacer de ello un simple relato para formarse cabal concepto. A las 11 en punto de la mañana fue llevado a la antesala de la Academia un fino y hermoso becerro, como de 8 meses de edad. Se le ató corto a una argolla que está fija en una de las columnas de dicha antesala. En el flanco derecho, desde la parte posterior de la espaldilla hasta la anterior del tren posterior tenía rasurada una faja como de 40 centímetros de altura, y en toda la parte así preparada hileras de escarificaciones (distanto unas de otras como 8 centímetros) donde había sido depositada con anterioridad la linfa; y la hilera inferior tenía pústulas variólicas perfectamente desarrolladas. Un ayudante tomó por medio de una pinza de forsiopresura una de dichas pústulas y con el dorso de un aséptico bisturí la raspó y preparó muy bien para tomar sucesivamente grandes cantidades del líquido. Tenía a su disposición tres lancetas triangulares más grandes que las que se usan entre nosotros habitualmente. Cargada la primera se la pasó al vacunador, sentado a su derecha, quien vacunaba por un procedimiento semejante al empleado por nuestro distinguido consocio Malanco. Vacuna en el deltoide, dando tres piquetes, que quedan colocados en triángulo isósceles. En un solo brazo si es revacunación y en ambos cuando no lo es. Como la lanceta penetraba bastante, a la mayor parte les sacó sangre. Tan pronto como la lanceta carecía de linfa, era sustituida por otra y así sucesivamente. Como la cantidad de linfa producida es tan grande, tienen necesidad de conservar la que les sobra en cada sesión. Para esto no aceptan los tubos porque juzgan costoso el procedimiento o insuficiente cuando se ha de vacunar a muchos. Tampoco admiten las placas, porque prontamente se altera la linfa por el contacto del aire; así es que la conservan en el estado de pulpa. Para prepararla de esta manera se siguen varios procedimientos; pero el que observa la Academia (que es el prescrito para el ejército), consiste en depositar la materia vacinífera en un mortero perfectamente aséptico, añadiendo un volumen igual de glicerina neutra, químicamente pura y mediante prolongada trituración, se llega a

formar una mezcla homogénea y de aspecto miliforme. Dicha pulpa se coloca entonces en frasquitos de vidrio esterilizados que se tapan perfectamente, siendo de este modo muy fácil su transporte y en grandes cantidades.

»Ya en la actualidad nadie discute seriamente la suprema importancia de la vacuna jenneriana; pero si alguien tuviera alguna sombra de duda le bastaría saber, para alejarla, que Alemania ya no tiene mortalidad por la viruela y aun el nombre de semejante enfermedad se ha hecho desaparecer de las listas estadísticas de las defunciones; y a este resultado ha llegado en muy pocos años relativamente, pues la ley obligatoria de la vacunación y revacunación (que tan estrictamente se practican) principió a ejecutarse el 1 de abril de 1875. En cambio, la culta Francia no ha hecho obligatoria la vacunación, pues solo el Ministerio de la Guerra para los soldados y el de Instrucción para los Escolares prescriben la vacunación y la revacunación.»⁴

La testarudez humana no dejó progresar en México, con la rapidez debida, estas nuevas ideas acerca de la vacuna ani-

mal. Iglesias la introdujo en México en 1868 y fue hasta 1915 cuando se sustituyó la vacuna “humana” por la “animal” en nuestro país.

De haberse aceptado desde un principio la propuesta del doctor Ángel Iglesias, se hubiese sentado un antecedente importante en la historia de la salud pública, no sólo en México sino internacionalmente.

Ángel Iglesias y Domínguez se convirtió así en el pionero no solamente de la oftalmología moderna en México, sino también de la salud pública.

Referencias

1. Andrade A. Regeneración de la vacuna. *Gac Med Mex* 1868;3:205-211.
2. Iglesias A. Memoria sobre la vacuna animal. *Gac Med Mex* 1868;2: 179-204.
3. Iglesias A. Vacuna animal. *Gac Med Mex* 1868;3:333-347.
4. Ruiz LE. La vacunación. Jenner-Pasteur (1796-1880). *Gac Med Mex* 1894;31:241-253.

